

tre sí, y renunciaron á la guerra. La conducta de la Francia, en el siglo XVI, nos ofrece un insigne testimonio de esta verdad, que resplandece en todos los anales de la historia. Mientras que la Francia católica movía guerra cruda á la Alemania católica, tendía una mano llena de sócorro á la Alemania protestante. ¿Qué significa esta conducta, sino que el principio religioso estaba ya dominado por el principio del equilibrio europeo? En la tercera época, los príncipes estuvieron divididos entre sí, á causa de sus intereses materiales y de sus principios religiosos: y sin embargo, siempre sacrificaron sus creencias religiosas y sus intereses materiales á sus principios políticos. Esto sirve para explicar, por qué vinieron entonces sobre la Francia revolucionaria, unos en pos de otros, todos los pueblos de la Europa, como vienen, unos en pos de otros, los buitres sobre su presa; ó como vinieron sobre Roma, unos en pos de otros, los bárbaros del Norte, guiados por la cólera divina. El mismo principio que sirve para explicar las grandes coaliciones de esta época entre príncipes y pueblos divididos entre sí por creencias religiosas y por intereses materiales, explica también satisfactoriamente el texto de los tratados. Con efecto: así en los tratados de París de 30 de Mayo de 1814, y de 20 de Noviembre de 1815, como en el congreso de Viena, que ha constituido hasta la revolución de julio el derecho público de Europa, los soberanos aliados sacrificaron el equilibrio del mundo á la dominación exclusiva del principio político, que había alcanzado la victoria. Y como para asegurar su dominación en el tiempo presente, y para continuarla sin embarazo en lo futuro, estimasen necesario impedir que la Francia se revolucionase de nuevo, de aquí fue que, para evitar esta catástrofe, solo pensaron en ponerla diques, y rodearla de barreras, que bastáran á resistir su impulso en el momento del peligro. Con este único objeto, engrandecieron la Prusia, desmembrando la Sajonia; dieron unidad á la Alemania; formaron el reino de los Países-Bajos; aumentaron el poder del rey de Cerdeña, reuniendo á Génova bajo su cetro; y fortificaron el lazo federal de la Suiza. El mismo principio que presidió á la redacción de los dos tratados de París, y que dominó exclusivamente en las deliberacio-

nes del congreso de Viena, dominó también en los congresos sucesivos de Aquisgran y de Verona.

Si todo lo dicho hasta aquí está conforme con los hechos consignados en la historia, me creo autorizado para afirmar, que todos los grandes periodos históricos se diferencian entre sí, porque en cada uno de ellos domina un principio diferente; y se parecen entre sí, 1.º, porque en todos domina un principio; y 2.º, porque en todos son sacrificadas las alianzas que aconsejan los demás intereses y los demás principios, á las alianzas que exige el interés y el principio dominante. Me he detenido tanto en dejar asentada y puesta fuera de toda duda esta verdad, porque, como se verá después, importa mucho á mi propósito descubrir la ley fija é invariable que preside á la formación de las ligas, al levantamiento de las guerras, á la aparición de las coaliciones, y á la redacción de los tratados.

El principio político fue dominante en Europa, mientras que el principio revolucionario no depuso las armas, cansado de combatir en un combate de muerte. Pero lanzado de la península italiana y de la península ibérica, cuando la Francia de la restauración estaba representada por los Borbones en los congresos de los reyes, el principio revolucionario apareció vencido en la Europa y en el mundo. Entonces sucedió, que las cuestiones políticas comenzaron á perder su antigua importancia; y que los príncipes, deponiendo sus desconfianzas angustiosas, y recobrando la pérdida serenidad de sus espíritus, apartaron sus ojos del espectáculo de las revoluciones, para ocuparse otra vez en las cuestiones gravísimas de intereses materiales, y de equilibrio europeo. Comenzaba apenas á manifestarse esa tendencia en los consejos de los príncipes, cuando la revolución de julio vino á renovar la faz de la Europa, haciendo prevalecer nuevamente sobre los intereses materiales los intereses políticos.

El tratado de 22 de Abril de 1834 tuvo su origen en este acontecimiento, que no solo fue una revolución para el pueblo francés, sino también una revolución para el mundo. Con él se rompieron las antiguas alianzas, y se alteró profundamente el equilibrio euro-

peo. El Austria, aliada natural de la Inglaterra, se puso al lado de la Rusia; y la Francia, aliada natural de la Rusia, se puso al lado de la Inglaterra, de quien habia sido constante enemiga en toda la prolongacion de los tiempos históricos. Y sin embargo, las alianzas quebrantadas entonces no eran efímeras y caprichosas. La alianza entre el Austria y la Inglaterra se fundaba en el temor que la primera tuvo siempre del engrandecimiento de la Rusia, y en el recelo que tuvo siempre la segunda por el engrandecimiento de la Francia. La alianza entre la Francia y la Rusia no tenia menos sólidos fundamentos. Colocada aquella en el centro, y esta en el polo de la Europa, no podian existir, entre las dos, rivalidades ni contiendas. Si á esto se agrega que la Rusia, desde el tiempo de Pedro el Grande, tenia puestos sus ojos en el Oriente, en donde más tarde ó más temprano se habia de encontrar con la Inglaterra, rival y enemiga de la Francia, no se extrañará que la Francia y la Rusia estuvieran unidas con vínculos estrechos, habiendo entre ellas comunión de odios, y comunión de intereses. Su alianza es tan natural, que Alejandro y Napoleon convinieron, cuando la paz de Tilsit, en las bases de un tratado, por medio del cual debia dividirse el mundo entre los dos emperadores. El de la Rusia debia imperar en el Oriente; el de la Francia debia ser el árbitro de casi todo el continente europeo. El enlace de Napoleon con una princesa austriaca, y la cuestion de Polonia agriaron despues los ánimos de los dos emperadores, hasta el punto de declararse la guerra; resultando, para la Francia, de su rompimiento con la Rusia, 1.º, que la Rusia fue el depósito de todas las mercancías de la Inglaterra; y que desde entonces, el sistema continental fue imposible: y 2.º, que los ejércitos franceses encontraron dos grandes sepulcros: uno en Rusia, otro en España.

Así, pues, las alianzas que quebrantó la revolucion de Julio, estaban fundadas en intereses materiales; intereses, que no deben olvidar nunca los hombres de Estado, y que no olvidan nunca las naciones. Si la revolucion de Julio fue bastante poderosa para trastornar todas las alianzas europeas, esto consistió en que entonces los intereses materiales fueron dominados por los principios políticos;

resultando de aquí, que los primeros fueron sacrificados, como sucede siempre que el principio político domina, á los segundos.

Entonces los gabinetes, movidos por intereses encontrados, se vieron en la situacion mas difícil y angustiosa. El Austria tenia que temer mucho del engrandecimiento de la Rusia; pero temió más la propaganda francesa en el corazon de sus dominios y en sus estados de Italia. La Prusia no temió menos al autócrata del Norte, separado solamente el espacio de seis jornadas, de la capital de su mal trabada monarquía: pero al mismo tiempo recordaba con profundísimo dolor los dias siniestros y amargos, en que estuvo á punto de perder su nacionalidad á manos de la Francia, despues de haber perdido su gloria: vió llena de espanto y de angustia la sublevacion de la Bélgica, y sintió acercarse el momento en que cruzase las aguas protectoras del Rhin la bandera tricolor, nuncio de exterminio para ella. La Rusia, en fin, contuvo el ímpetu de sus águilas, prontas á tomar su vuelo sobre Constantinopla y el Oriente; porque vió levantarse sobre su sepulcro, obedeciendo á la evocacion de la Francia, el cadáver sangriento y mutilado de Polonia. Así fue cómo la Rusia, el Austria y la Prusia sofocaron la voz de sus rencores, siendo menos poderoso para separarlas el encuentro de sus intereses materiales, que la identidad de sus principios políticos para hermanarlas y unir las.

Entre tanto, la Francia y la Inglaterra, rivales entre sí desde los tiempos mas remotos, se dieron por primera vez las manos, movidas por contrarios sentimientos, y por distintos intereses. La Francia buscó el apoyo de la Inglaterra, con menoscabo de sus intereses materiales, para hacer prevalecer sus intereses morales y sus principios políticos. Y la Inglaterra, aceptando su amistad, aprovechó la ocasion que le deparaba la fortuna, de tener encadenados, ó de desencadenar á su antojo los vientos de la discordia por el mundo. Por donde se ve, que la revolucion de Julio, considerada bajo su aspecto diplomático, solo fue beneficiosa para la Inglaterra; porque mientras que obligó á todos los gabinetes de Europa á contraer alianzas, contrarias evidentemente á sus intereses materiales, solo la Inglaterra contrajo una alianza conforme á

sus intereses materiales y á sus intereses políticos. Fue conforme á sus intereses políticos; porque la doctrina de la legitimidad de la insurreccion de los pueblos contra los tronos, aclamada por la Francia, era su propia doctrina. Fue conforme á sus intereses materiales; porque no teniendo que temer sino de la Francia y de la Rusia, no era probable que la Rusia, siendo enemiga de la Francia, se avanzase sola hácia la India; ni era posible que la Francia, enemistada con la Rusia, tuviese miras contrarias á las de Inglaterra, exponiéndose al riesgo de perder su amistad, que tan necesaria le era á la sazón para tener á raya los ejércitos del Norte.

Me he detenido tanto en examinar el trastorno producido por la revolucion de Julio en las alianzas europeas; porque este exámen es á mis ojos necesario para comprender el significado primitivo del tratado de la cuádruple alianza, para comprender el significado que ahora tiene, y para calcular el que pueda tener más adelante.

Si el fallecimiento de Fernando VII hubiera acaecido antes de la revolucion de Julio, la cuestion española hubiera sido resuelta, sin duda ninguna, de la manera siguiente por las grandes potencias de la Europa. La Francia no hubiera vacilado un momento en apoyar directa ó indirectamente las pretensiones del príncipe rebelde, representante de su interes dinástico, y símbolo de sus principios políticos. El Austria tambien se hubiera puesto de su parte, movida por sus intereses políticos, y á pesar de sus intereses dinásticos. Las demas potencias del Norte hubieran seguido probablemente su ejemplo. La Inglaterra, por el contrario, se hubiera declarado sin vacilar por Isabel II, no solo como representante de principios políticos análogos á los suyos, sino tambien y más principalmente, porque su elevacion al trono era un golpe dirigido contra la dinastía reinante en Francia. De todo lo cual se deduce, que si Fernando VII hubiera fallecido antes de la revolucion de Julio, la causa del príncipe rebelde hubiera encontrado un vigoroso apoyo en los intereses y en los principios á la sazón dominantes en la diplomacia europea. Pero la Providencia apartó de nosotros esa gran calamidad, haciendo que precediese la revolucion de Julio al fallecimiento del último monarca. Con esa revolucion, hicimos nuestro al gabinete

francés, puesto que á ella exclusivamente se debió que prevaleciese en sus consejos el interes político sobre el interes dinástico.

De todo lo dicho resulta que la revolucion de Julio alteró todas las bases en que descansaba el derecho público de Europa, y subordinó las alianzas reclamadas por los intereses materiales, á las alianzas políticas; siendo consecuencia de semejante situacion, que las nuevas alianzas debian prevalecer sobre las antiguas, todo el tiempo que las cuestiones sobre intereses políticos prevaleciesen sobre las cuestiones de intereses materiales; y las antiguas sobre las nuevas, desde el momento en que las cuestiones sobre intereses materiales volvieran á prevalecer sobre las de principios políticos. Esto explica todo lo que sin estas consideraciones nos pareceria inexplicable, en la historia contemporánea.

En los primeros años que siguieron á la revolucion de Julio, la cuestion política no solo prevaleció sobre todas las demas, sino que absorbió, si puede decirse así, todas las cuestiones europeas. Por eso, la Francia no solo favoreció moralmente entonces la dilatacion de las ideas liberales, sino que tambien fue propagandista, y hasta conspiradora. Dominada por clubs revolucionarios, franqueó sus tesoros á los que, lacerado el corazon con duros padecimientos, y abrumada la mente con ingratas memorias, solo vivian con la esperanza de vengar agravios antiguos, conquistando su patria perdida, y restaurando revoluciones olvidadas. Al rededor del estandarte de los tres colores, que tremoló en otros dias sobre todas las capitales de Europa, se agruparon, como si fuera un lábaro de salud, todos los proscriptos de la tierra. La fragua revolucionaria comenzó á arder á todos vientos; y con su lumbre se forjaban los rayos que habian de abatir los tronos, para que, quedando huérfanas de sus reyes, vivieran emancipadas las naciones. Para no hablar sino de nosotros mismos, todos saben quiénes fueron los que apoyaron con algo mas que con promesas las tentativas contra el gobierno de Fernando VII, de los emigrados de la península española.

Cuando Isabel II subió al trono, el peligro inminente de la Francia duraba todavía, y las cuestiones sobre principios políticos eran aun las dominantes en Europa; por eso, el gabinete francés no solo

se apresuró á reconocer al gobierno de nuestra reina , sino que su reconocimiento fue una firma en blanco , en donde nosotros éramos dueños de escribir el pacto de nuestra union , y de dictar sus condiciones.

Cuando se celebró el tratado de 22 de abril de 1834 , era mucho menor para la Francia el riesgo de una guerra de principios ; pero por ser menor , no dejaba todavía de ser grave. La gravedad del riesgo explica la existencia del tratado. Por donde se ve , que las alianzas que tuvieron su origen en la revolucion de Julio , han recorrido las mismas fases que la revolucion en donde tuvieron su origen , observándose esto principalmente en la cuestion española. Hubo un tiempo en que la Francia temió hasta por su *existencia* : ese tambien es el tiempo en que la Francia *conspira*. Más adelante , si no temió por su existencia , temió por su *seguridad* á lo menos : en ese tiempo *se ofrece*. Despues *fluctúa* entre la esperanza y el temor : y en ese tiempo *contrata*.

De lo dicho hasta aquí , pueden deducirse las consecuencias siguientes , de las cuales , si algunas son conocidas de muchos , otras lo son de pocos ; habiendo entre ellas alguna , que hasta ahora de nadie debe haber sido conocida , puesto que por nadie ha sido proclamada : 1.<sup>a</sup> El vínculo de union entre Isabel II y el rey de los franceses tiene su origen en la preponderancia del principio político sobre los intereses materiales ; preponderancia , que á su vez tiene su origen en la revolucion de julio : 2.<sup>a</sup> No habiendo sido formada esa union por afectos personales , sino por consideraciones políticas , las varias alteraciones y mudanzas que en ella han ocurrido , no pueden explicarse sino por las alteraciones y mudanzas ocurridas en la política europea : 3.<sup>a</sup> Las relaciones amistosas entre el partido liberal de España y el gabinete francés , no comienzan con el advenimiento al trono de Isabel II , sino con la revolucion de julio ; y desde esta época hasta la del tratado de la cuádruple alianza , ha habido , en esas relaciones , notables cambios y trastornos , análogos siempre á los trastornos y cambios de la política general de los gabinetes de Europa : 4.<sup>a</sup> El tratado de 22 de abril , que aparece como el *primer* acto de union entre las dos naciones *amigas* , no es

sino el *último* acto de esa union , que comenzó con la revolucion de julio : 5.<sup>a</sup> ese *último* acto de union no fué un *progreso* en la union , sino una *decadencia*. Esto necesita de algunas explicaciones.

Cuando dos gabinetes enemigos ajustan paces , y despues de hechas las paces , conciertan alianzas por medio de un tratado , ese tratado es un *progreso* en su union ; porque tenderse la mano es *progresar* , para los que acaban de deponer sus odios y envainar sus aceros. Pero cuando una nacion conspira en favor de otra , es decir , cuando la dispensa auxilios no pedidos ; y cuando despues se ofrece á su disposicion sin reserva , es decir , cuando la ofrece todos los auxilios que pida , obligarse despues por medio de un tratado á dispensarla , no todo género , sino cierta clase de auxilios ; y á dispensarla esos auxilios , no en cualquiera ocasion , sino en ciertas ocasiones ; y no en ocasiones que deba señalar la nacion necesitada de socorro , sino en aquellas que la nacion protectora determine , es una *decadencia* en la amistad , no un *progreso*.

Considerado el tratado de la cuádruple alianza bajo este nuevo punto de vista , que es el suyo , se advierte desde luego cuánto yeran los que , doliéndose del profundo olvido en que yace por parte de la Francia , atribuyen ese olvido á miras interesadas y á intenciones ambiciosas. No : el mal no está en que la Francia tenga miras interesadas sobre la península. En esta tierra , inundada hoy de sangre y regada de lágrimas , no está el jardin de las Espérides ni el Vellochino de oro para escitar la codicia de atrevidos extrangeros. El mal está en que el gabinete francés no se cuida de nosotros : en que , para nuestras necesidades , sus manos están vacias , y hasta sus ojos están secos. Y si queremos descubrir el origen de esta situacion deplorable , no le encontraremos ciertamente en una mudanza de ánimo caprichosa por parte del gabinete francés , sino en el trastorno que han experimentado , desde la revolucion de julio acá , todas las alianzas europeas ; trastorno , cuyo primer síntoma ha sido el tratado de la cuádruple alianza ; signo , para algunos , de ventura , y para mí , de que iba comenzando la progresion descendente de la amistad francesa hácia la revolucion española.

El verdadero origen de esa progresion descendente se encuen-

tra en que, desde la época de la revolucion de julio hasta la del tratado, y desde la época del tratado hasta el dia, las cuestiones sobre intereses políticos han ido perdiendo terreno, y las cuestiones sobre intereses materiales han crecido en magnitud, y han ganado en importancia. Han perdido terreno las primeras; porque el gobierno francés, habiendo contenido á la revolucion en los limites del órden, es ya reconocido por la Europa Septentrional, como un hecho consumado. Han crecido en magnitud las segundas; porque la Rusia, dueña de los Dardanelos desde el tratado de Unkiar Skelesi, amenaza desde Sebastopol á Constantinopla, y desde Constantinopla al Mediterráneo; mientras que con su protectorado de la Persia quiere ponerse en disposicion de elegir entre el Golfo Pérsico y el camino de Alejandro, para penetrar con sus huestes en la India.

Ahora bien: desde el momento en que las cuestiones sobre intereses materiales han vuelto á prevalecer sobre las de principios, las alianzas antiguas han vuelto á prevalecer sobre las nuevas alianzas: y nadie que no sea miope, puede dejar de advertir, de algun tiempo á esta parte, una alteracion profunda en las mútuas relaciones de los gabinetes de Europa. El Austria, que en 1830 rompió con la Inglaterra para aliarse con la Rusia, en 1838 celebra con la Inglaterra un tratado de comercio, evidentemente hostil á los intereses rusos. La Francia, que en 1830 se entregó á la Inglaterra ciegame, vacila entre la amistad de la Inglaterra; á quien tiende todavía la mano, y la amistad de la Rusia, en quien tiene puestos los ojos. Es decir, que si, por una parte, es cierto que las nuevas alianzas no están públicamente rotas, por otra parte, es cierto tambien que están de hecho quebrantadas; porque comienza á hacerse sentir la necesidad, sino de restablecer en todo su fuerza y vigor, á lo menos de respetar las antiguas. La tendencia visible de la Francia es evitar las colisiones europeas, manteniendo el *statu quo* de la cuestion del Oriente, y tomarse tiempo para pensar si ha de aliarse con la Inglaterra, ó si ha de aliarse con la Rusia, manteniendo entre las dos el mas completo equilibrio. Esto sirve para explicar su conducta en la cuestion española. Mientras que la Francia tuvo por enemi-

gas á las potencias del Norte, interesadas en mantener en la península el despotismo, la Francia *conspiró* por nosotros, se nos ofreció, y contrató con nosotros; porque los contratos, los ofrecimientos y las conspiraciones eran medios de hacer al Norte la guerra. Por la misma razon, desde que está en paz con el mundo, ni conspira, ni se ofrece, ni contrata; se *abstiene*: y se abstiene, porque cree que no podria sernos hostil sin romper con la Inglaterra, ni podria sernos abiertamente favorable sin romper con las potencias del Norte, en una época en que todo rompimiento alteraria su política, que consiste en mantener entre las grandes potencias el *statu quo* y el equilibrio. Tales son los hechos, con respecto al tratado de la cuádruple alianza; y tales las causas que lo explican.

Este célebre tratado ha corrido hasta cierto punto la misma suerte, que las disposiciones tomadas de comun acuerdo por los soberanos de Europa en el congreso de Viena. Las disposiciones del tratado, como las disposiciones del congreso, *subsisten*, porque están escritas, y porque no han sido solemnemente abrogadas. Pero subsisten, sin ejercer accion sobre el mundo; subsisten, si no abrogadas por otras disposiciones. suprimidas por los hechos. ¿Dónde está el reino de los Países-Bajos, llamado á la vida contra la naturaleza de las cosas, y por la voluntad de los reyes? ¿Dónde está la Polonia, á quien en el congreso de Viena ofreció vida y libertad el autócrata de las Rusias? Dos grandes estremecimientos han producido dos grandes mudanzas, dando á la Bélgica una corona, y á la Polonia un sepulcro. Así, la trama laboriosamente tejida por los congresos, es destegida violentamente despues por las revoluciones.

Si queremos levantar los ojos al origen del cambio profundo que han experimentado las alianzas europeas desde 1830 á 1838, le encontraremos en el desarrollo que desde entonces acá ha alcanzado la cuestion del Oriente. Cuestion inmensa, enigma grave, temeroso, si puede decirse así, de cuya adivinacion dependen los destinos futuros del género humano, y que espanta á la imaginacion, y abrumba al entendimiento.

Las generaciones presentes asisten al espectáculo mas magní-

fico, entre cuantos vieron pasar los hombres en las antiguas edades: porque asisten á la prolongada agonía de un mundo que, en el principio de las cosas, fué cuna de todos los pueblos, fuente y origen de todas las religiones y de todas las ciencias; y que, en el tiempo que corre, es vana figura de sí propio, y que, si afirma aun sus flacos miembros sobre sus frágiles estribos, es porque apoya su lánguida decrepitud sobre los hombros de otro mundo. El Oriente no existe, sino porque el Occidente le sostiene: y así y todo, vendrá á tierra; porque no hay civilización tan poderosa, que pueda fortalecer con su contacto á las civilizaciones que caducan; ni apoyo tan firme, que pueda sostener á los imperios que caen. Pero el Oriente, al espirar, deja una inmensa herencia, y un inmenso vacío. ¿Quién llenará este vacío? ¿quién recogerá esa herencia? ¿Serán llamados todos los pueblos del Occidente á vestirse sus magníficas vestiduras, á repartirse sus preciados tesoros, y á derramarse por sus fabulosas regiones? Y si no son llamados todos los pueblos de Occidente, ¿cuál es el pueblo llamado? ¿cuál es el pueblo feliz, á quien depara la suerte el señorío de la tierra? Porque señor de la tierra habria de ser el que sea tan poderoso, que lleve á cabo la empresa de dilatar su dominación hasta los últimos límites de las regiones orientales del mundo. Verificada la catástrofe, y consumada la toma de posesión del Oriente por un pueblo, ¿cuál es el porvenir de la Europa, cuáles sus nuevos destinos, en presencia de ese pueblo, señor de las tierras y los mares, á cuyo gigantesco principado servirán de límite los polos? Los hombres lo ignoran. Por eso, aguardan las naciones que llegue el día señalado por la Providencia, para calcular entonces, cuál ha de ser la nueva aurora de los nuevos tiempos. El *statu quo* de la Europa se explica por esta angustiosa incertidumbre. Las naciones permanecen inmóviles; porque ciertas, como están, de que un abismo ha de abrirse ante sus pies, y de que una gran catástrofe ha de venir sobre la tierra, ignoran, tan profunda es la oscuridad de las tinieblas en que andan, si sus pasos han de acelerar ó retardar la catástrofe; y si moviéndose, se acercan ó se separan del abismo.

Tal es la cuestión que, en virtud de recientes é importantísimos

acontecimientos, ocupa hoy casi exclusivamente la atención de la diplomacia europea. Las cuestiones sobre principios políticos, que determinaron todas las alianzas en 1830, no son poderosas para determinarlas ya en 1838. Solo la cuestión del Oriente es una cuestión actual; la de principios políticos ha perdido su importancia, desde que la revolución de julio, en donde tuvo su origen, es un hecho consumado, que nadie intenta suprimir; porque pertenece á la historia.

La cuestión del Oriente tiene de fecha cincuenta años, espacio de tiempo en que comienza, y puede decirse que acaba, la decadencia precoz del imperio de los Osmanlis; y en que comienza, y puede decirse que acaba, el crecimiento prodigioso de los rusos. Jamás han visto los hombres, en tan breve espacio de tiempo, descender á los poderosos de tan grande altura á tan baja humillación, y subir á los humildes de tanta humillación á tan eminente cima.

El que hoy se llama imperio de Rusia, era todavía, en el siglo xvii, el gran ducado de Moscovia. Cuando Pedro el Grande subió al trono, solo tenía diez y seis millones de habitantes, sujetos siempre, antes de este tiempo, á las incursiones, y aun á la dominación de los pueblos que formaban sus fronteras. La Europa solo de nombre conocía á ese pueblo bárbaro y oscuro, relegado entre las nieves del polo. El primer tratado en que interviene, es el de 10 de octubre de 1733, por el cual los rusos concertaron alianza con el Austria, para arrojar del trono de Polonia á Stanislaw, suegro de Luis XV. Ocho años después, en 1741, *solicitados por la Inglaterra*, se reunieron por medio de otro tratado á la Inglaterra, á la Polonia y al Austria contra Francia, España y Cerdeña, ligadas en favor del elector de Baviera. En 1755, intervinieron en la guerra de siete años, siendo ajustada en Petersburgo la paz de 5 de mayo de 1762, entre la Rusia y la Prusia.

Así, la Rusia comienza por intervenir en los asuntos de Polonia, para intervenir después en los negocios de Alemania, *solicitados por la Inglaterra*. Entre tanto, la revolución de 1789 viene á conturbar el mundo, y á conmover en su asiento las naciones. Y